

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 6 de Agosto de 1931

Núm. 432

Año VII

Una excursión marítima

Nos hallamos en el segundo día de excursión. El Abuelito y Dominguito están reanunciando una excursión marítima en una pasolinera cedida por la Junta de Obras del Puerto, al mando de un mecánico muy inteligente. ¿Qué te parece de la excursión, Dominguito? pregunta el Abuelito. Estoy encantado, Abuelito. Visto desde aquí, resulta mucho más bonito el Puerto de Barcelona que el de Génova y Marsella, ¿verdad? como dices tú cuando hablamos del mar, Abuelito. Es que no hay que olvidar, Dominguito, que el Puerto de Barcelona, después del de Génova y Marsella, es uno de los mejores del Mediterráneo. Abuelito, ¿podremos visitar ese bello país italiano? Siempre es un placer, hijo mío; a eso hemos venido. Ya verás los progresos que la ciencia ha llevado a cabo en la construcción de buques que son un portentoso mundo ambulante. Y oye, Abuelito, cuando se encuentran dos buques en alta mar, allá lejos... ¡muy lejos! y tienen que comunicarse algo, ¿cómo lo hacen? Hoy suelen valerse de la telegrafía sin hilos, pero con todo y eso, aun se ven de señales hechas con los brazos con banderolas, manejadas por las tripulaciones de uno y otro barco. ¿Hablar por medio de banderolas, Abuelito?... Muy bonito, y muy práctico. ¿Y si lo es? Y eso tan sencillo ha evitado muchas catástrofes marítimas. ¿Y pueden sostener largas conversaciones, Abuelito?... ¡muy largas! Tan largas como quieras, hasta de horas si es preciso, porque cuando el ansancio rinde al hombre que mueve las banderas, porque son bastante violentos los movimientos que tiene que hacer, le suple otro, u otros si es preciso. ¿Verdad, Abuelito?... ¡fíjate bien. ¡Ay, sí! ¡qué bonito es! Abuelito, ¿qué bonito es...? Y no olvidés que aprendiendo esas señales de memoria, puede ser útil el sistema para hablar con tus amigos desde la cima de un monte a un valle. Pruébalo cuando salgás de paseo con tus amiguitos, ya que a veces vais de excursión a las fuentes, o a la montaña del Tibidabo; donde quieras, pruébalo. ¿Os procuráis dos banderitas cada uno, y ensayáis, y verás que bien sale y así, sin nada de gritos ni necesidad de voces, sabéis lo que uno necesita y lo que el otro quiere. ¡Lo haré, Abuelito; vaya si lo haré! Pero dime: de noche, ¿cómo se arreglan? De noche se substituyen las banderitas por faroles o bombillas eléctricas, y en noches de tempestad por cohetes y con señales convenidas, entre todos los marinos del mundo, aunque

con ligeras variantes, debidas a las exigencias de cada alfabeto. —¡Ay, Abuelito!... Ya estoy deseando que llegue la primera excursión al campo para probarlo con Antoñete, el del veterinario, que es mi amigo preferido.

EL ABUELO

Mala niñez, peor vejez

Periquito es un muchacho, un pequeño mamarracho, tan procaz y entrometido y tan vano y presumido, que habla y habla, y habla, y habla, y tiene siempre la palabra campanuda, simbombante, y es cargante, porque lo hace a la diablo y se entrega a tales mañas y artimañas, y hasta tal extremo carga, que no hay casa en que haya entrado de que no le hayan echado a la corta o a la larga. Y en su hogar y en el colegio, tiene el raro privilegio desde niño, de alejar todo cariño, de crearse enemistades, porque su lengua sin freno, sólo destila veneno y burdas procazidades y si de niño jamás no pensó nada, además, que consiguiera encumbrarle, pues no hizo más que sacarle defectos a los demás, y se atrevió a cualquier cosa aun a la más vergonzosa, sin que sintiera desmayo, de hombre ya, será un lacayo con el alma de raposa. Que el que en la edad del candor es farsante y es liso, y envidioso, y ejerce de enredador, en cuanto sea mayor, será un ser degenerado y por todos despreciado. ¡Sí señor!...

¡Niños! Como de la peste huid siempre de amiguitos maldicientes como éste. Y como los Periquitos abundan, decid con fe, y con acentos sinceros: ¡De tamaños compañeros liberanos, Dominé!...

AMANDA

PINOCHO SEMANARIO INFANTIL. Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc. Precio 0'25 pesetas. Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER. Plaza del Príncipe, 17

Fábula en prosa

El gallo prudente

En el gallinero reinaba una agitación grandísima; gallinas y pollos cuchicheaban forrando corros, y todo hacía presumir un gran suceso. Hasta las dos cochinchinas que, orgullosas de su ilustre abuelo, jamás se mezclaron con sus plebeyas compañeras, ni les dirigieron rufanca la palabra, se encontraban agitadísimas, perorando entre ellas y desgañitándose para que su ronca voz dominara la algarabía de las otras. Era indudable que se trataba de un caso gravísimo; así lo había dicho el gato de la casa, que bebía en buenas fuentes, pues se pasaba la vida arrebutado junto al hogar, enterándose de cuanto se trataba en la cocina. —Amigo mío—dijo al gallo—, vengo a enterarte de la gran conspiración que se trama contra vosotros. Esta mañana entró el ama en la cocina y dijo a la cocinera: «Mañana celebra el amo sus días y tienes que hacer lo que yo te encargo; bajarás al corral y matarás al gallo y cinco gallinas más que tú eligirás entre las que estén gorditas y con todas haremos una buena pepitoria; esmérate, porque tendremos convidados». Blanca, de la emoción, se le puso la cresta al gallo al escuchar las terribles palabras del gato anunciándole su próximo fin. Quedóse suspendido unos instantes, anonadado ante tamaña desgracia; más, reponiéndose en seguida, reunió a la familia, comunicándoles la fatal noticia. —¡Aquí fué Troya, la que se armó entre la gente de plumal! Todo eran chillidos y alboroto, denuestos e insultos al ama y maldiciones al inventor de la pepitoria. —La verdad es—decía una gallina gorda, cuyos ojos despedían chispas— que poco se pierde con la muerte del gallo; ya está bastante viejo y achacoso; su voz parece una carraca y maldito para lo que sirve. Otra de las gordas añadía, en defensa propia, que mejor sería elegir las cinco gallinas entre las más viejas, delicadas de salud, que no ponían nunca huevos y eran carga sin provecho. Levantóse de un vuelo una de las flacas, y, rija de ira, estuvo a punto de saltar un ojo a su compañera. La agitación era imponente, y la gritaría subía de punto entre los dos partidos de gordas y flacas. Interponiéndose el gallo, trataba de calmar los ánimos con acertadas razones. —¡Señoras! exclamaba con potente voz, subido sobre un ponedero—: Aquí sólo debemos tratar de salvar el pellejo, y con tanto discutir perdemos un tiempo precioso. Creo lo más prudente huir del peligro que nos amenaza, y buscaremos la vida por esos campos donde la suerte nos depare, único medio de evitar que el afilado cuchillo de la cocinera se clave en nuestras gargantas. —¡Abajo el viejo chocho! —¡Que lo guisen!... ¡Muera!... ¡Muera!... Rabioso el gallo al ver el poco fruto de sus gestiones; considerando un imposible aunar los pareceres de aquella canalla levantisca, y viendo de preclados sus generosos deseos, agitó las alas, lanzó un sonoro ¡qui-qui-ri-qui!, como diciendo ¡sá vese quien pueda! y saltando de un vuelo las tapias del corral se encontró en medio del campo. Deliciosa estaba la mañana; los campos, ostentando su rico ropaje de primavera, dejaron extasiado a nuestro héroe, que no cabía en sí de gozo al disfrutar de libertad, y picando un grano aquí y otro un poco más allá, llenó su buche de lo lindo. «Barriga llena alaba a Dios», dice el refrán, y al verse repleto y completamente satisfecho, entonó un canto de alabanzas al Todopoderoso, autor de tantas maravillas, que sólo conocía de referencias por los relatos de una gallina vieja que procedía de otros países, y de la cual recibió muchas lecciones de mundología. Siguió corroteando por los campos hasta la puesta del sol, y ya rendido por tan larga caminata se fué a dormir sobre el tronco de una fron-

dosa parra que crecía al lado de una cerca. No fué su sueño tranquilo, a pesar de lo cansado que se encontraba: tenía frío y sentía cierto temor al verse en deshabitado, recordando las pavorosas historias que le contaba la gallina vieja.

Su miedo llegó al colmo cuando a eso de la media noche sintió al pie del árbol ciertos ruidos sospechosos, que, a no ser gallo, le pusieran carne de gallina; pero, considerando que el miedo abulta el peligro, y que tal vez le salvara su presencia de ánimo, abrió bien sus ojos, y mirando hacia el suelo, reconoció con espanto la figura de un horrible zorro que, con meloso acento, le dirigió estas palabras:

—¡Hola, amiguito! ¿Qué haces ahí durmiendo a la intemperie y expuesto a coger una pulmonía? Lástima me da verte tan sólo, y te ofrezco, sin interés alguno, blanda cama y buena lumbre en una casita que poseo en estos alrededores, en la cual encontrarás seguro albergue durante el tiempo que te convenga.

Grata impresión produjeron estas frases en el gallo, y, aunque con cierta prevención, por tratarse de un zorro, bajó del árbol y se dejó conducir a la morada de tan servicial amigo. La casa era bastante cómoda; consistía en una cueva abierta en la boca de una peña con varias habitaciones para los distintos menesteres de una familia: dormitorios, sala de recibo, cocina, etcétera, etc.

Condújole el zorro al dormitorio, que estaba amueblado con todo el «confort» que pudiera desearse, y le invitó a tomar posesión del lecho, donde esperaba devorarle tan pronto como el sueño lo rindiese. Hízose el gallo de rogar, y no sin cierto recelo reclinó su cabeza en la almohada. Pretextando el zorro que no tenía sueño tomó asiento en una mullida butaca y se puso a hojear unos periódicos, no perdiendo de vista al gallo, en espera del momento previsto para lanzarse sobre él.

Escamadrísimo estaba el gallo, y arrependido del paso que había dado, no perdonándose tan grande tontería. Fingía dormir, cerrando el ojo derecho, y abriendo cuanto podía el izquierdo, sin perder de vista a su huésped. Este notó la maniobra, y como su apetito crecía por instantes, no pudo contenerse, y, en el tono más amable, le preguntó como extrañado:

—¿Por qué duermes así? ¿Qué cosa tan rara! A la cual contestó el gallo, mientras afilaba uno con otro sus largos espaldones: —Señor zorro: hago esto porque aprendí de mis padres que eran muy sabios, que «Al lado de un amigo que no es cierto, ten un ojo cerrado y otro abierto».

FLIK FLOK.

REFRANES ANTIGUOS

Al que ha de ser bachiller, le es menester aprender. * * * Más hace el que quiere, que el que puede. * * * A la larga, a la larga, el galgo a la liebre mata. * * * A la primera azadonada ¿queréis sacar agua? * * * Con tiempo y pajas se maduran las pomas. * * * Poco a poco hila la vieja el copo. * * * Cada caballo hace su sombra en el suelo.

Establo embrujado

Un campesino e Gemünden, en Westewald, estaba ordeñando su vaca en el establo, cuando el animal hizo un estremecimiento y cayó al suelo, muerto.

El animal estaba perfectamente, y nada hacía pensar en un fin tan repentino. El misterio de la muerte de la vaca fué comentado en la aldea, y no faltó quien apuntase la idea de que algún enemigo del campesino la había envenenado.

A los pocos días, una hermosa y joven vaca ocupaba el sitio en el establo de la fallecida en forma tan misteriosa.

Apenas la nueva vaca estuvo atada a la argolla, donde estuvo también atada su predecesora sufrió el mismo estremecimiento que aquella, y cayó al suelo muerta.

El campesino, dando gritos de espanto, salió a la calle. Su casa debía de estar embrujada. Alguien le había echado una maldición.

Un electricista de un pueblo cercano descubrió que cerca del establo había un motor eléctrico que funcionaba con intermitencias. La instalación de este motor era en extremo defectuosa, y debido a esto había ocurrido que la argolla y el collar de las vacas habían actuado como conductores de la corriente eléctrica de las vacas.

El metro y el kilómetro sometidos a comprobación en París

La manipulación del kilo, produce mermas de centésimas de milésimas de miligramos

El metro y el kilogramo son escrupulosamente revisados en París cada cierto número de años. Se verifican unas conferencias a las que asisten delegados de todas las naciones adheridas al sistema métrico.

En un pabellón llamado de Sevres, se guardan los patrones del metro y del kilo. Son tres los metros prototipos. Se confrontan con los metros usuales, en platino.

Para que los metros corrientes no sean reconocidos como anormales es preciso que sus errores no superen algunas centésimas de milésima de milímetro. La comprobación se efectúa con los metros patrones guardados en el pabellón.

En la misma caja en donde se encierran los metros, se guardan igualmente los patrones del kilo.

El primero de los patrones del kilo, sirve para comprobar cada diez años, con los oficiales que se llevan a la prueba.

Las manipulaciones de la pieza, alteran a veces su peso, aunque sólo sea de centésima de milésima de miligramo.

De esta forma está asegurada en todo momento la comprobación y exactitud del metro, y del kilo que todas las naciones unidas a la conferencia del sistema métrico decimal usan en sus respectivos países.

T.B.O. SE MANARIO INFANTIL. Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados. Historietas. Cuentos. Chascarrillos. Precio: 0'10 pesetas. Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

SI SOÑAS CON TOROS, LA SUERTE OS VA A SER PRONTO PROPICIA

Comprar entonces un decimito a ver si la lotería quiere daros una buena alegría.

No hay como cenar fuerte y acostarse pronto para soñar. Estar seguros de que el procedimiento no falla y de esta forma lograréis posiblemente obtener del sueño algo positivo y quizás práctico también.

Los sueños, a veces, nos son muy simpáticos, emocionantes. Nos divierten mucho. Y nos asustan. No os ha ocurrido nunca, la media noche, despertar sobresaltados, temerosos de algún daño que os iban a inferir? ¡Qué susto! ¡Que miedo!

Y estabais soñando con toros... ¡Horror! Los toros infunden en todo momento pánico, aún en la plaza, a pesar de verlos desde el tendido a una distancia de seguridad física cierta. Pero si es en el sueño, el salto que daís en la cama hace despertar a los vecinos.

¿Que cara pondríaís si os vierais esas enormes cabezas de estados encima de vuestras sábanas? Y sin embargo, los toros en el sueño, si asustan proporcionan una buena alegría.

Hay quien dice que soñar con toros es segura suerte en la lotería. Comprobar nada se pierde. Coger unas pesetitas y cuando se presente ese sueño, sin decirselo a nadie, adquirir los decimitos; A ver si es verdad lo que aseguran.

EL REY NEGRO PIDIO SU PIERNA PARA COMERSELA

En el Congo belga, un rey negro tuvo un grave accidente a consecuencia del cual le amputaron la pierna derecha.

Terminada la operación, el rey negro pidió su pierna. Era un hombre miserable. No quería perderla.

Los médicos le hicieron desistir de su propósito, pero el rey negro, chillaba y blasfemaba por su pierna. La quería para comerseela.

—Señor,—le dijeron.—En este país está prohibido el cannibalismo.

No había razones para aquel angustioso sobran. En vista de ello, llamó a un abogado, acudió a los tribunales y estos fallaron en definitiva la procedencia de devolver su pierna al rey negro.

PRINCIPIOS ELEGANTES PARA SABER COMPOR TARSE EN LAS HORAS DE LA MESA

Escuchar el elogio de vuestra distinción, es más agradable que oír hablar vuestra ordinariez.

Ningún otro lugar como la mesa y el juego para descubrir al grado educativo de las gentes a quienes damos nuestra amistad y nuestro trato.

Que mal efecto nos produce, terminada la comida, ver a nuestro invitado, con el palillo de los dientes, incitar la salida residual, de la masticación.

Enseguida formamos un concepto desfavorable con respecto a sus prácticas urbanas. Lo clasificamos entre las personas carentes de principios, de modos. Es muy mal gusto estar junto a quien así procede.

Y sin embargo un pequeño detalle, que no es nada y lo es todo basta para dar ejemplo de respeto a la mesa, a las personas con quienes se

alterna, y sobre todo, destacar que se tienen principios y modos.

Se puede, en la misma mesa, usar el palillo. Pero volviendo ligeramente la cabeza y haciendo uso de ambas manos. Es decir, que una mano, cubra el mal efecto que la otra ofrece.

No olvidarlo y pensar lo poco que cuesta el ser fino y elegante. Huir de que hablen mal de vosotros y digan a vuestra espalda que no sabéis estar en una mesa que sois unos groseros.

Lo que todos debiéramos saber

Cuando los peces de colores insisten en subir a la superficie de la pecera, conviene meterles en una gran vasija en cuyo fondo haya algunos palitos y bastante cieno para que los peces puedan revolcarse en él.

Así se limpian de parásitos que les molestan y acaban por matarlos.

Después de unas cuantas horas entre el cieno, se les vuelve a la pecera, cuya agua debe mudarse lo menos dos veces por semana.

—Es un hecho muy curioso el que las ramas de un árbol y las raíces son iguales en naturaleza, pues si se arranca un árbol y se planta con las ramas en lugar de las raíces y quedan éstas al aire como estaban aquéllas, al cabo de cierto tiempo las raíces echan fruto y las ramas hacen el oficio de raíces y arraigan en el suelo.

—Por efecto de los naufragios ocurridos durante tantos siglos se calcula que en el fondo del mar hay más oro y plata que todo el que actualmente circula en el mundo.

Aforismos de un médico práctico

Es muy brillante diagnosticar a tenazón una enfermedad en un enfermo; pero como es frecuente y depresivo tener que rectificar, vale más ser seguro que brillante.

La madre que por sistema busca ama de cría antes de dar a luz, recuerda a la del clucillo, que transporta sus huevos a nido ajeno.

No sé de otros animales que usen nodriza.

Guarda tu amor propio profesional ante los enfermos y centuplicale ante los sanos.

El ignorante es siervo de los que saben más, pero el sabio siente la esclavitud de sus deberes, que aumentan su responsabilidad.

SALDO DE CHISTES MALOS

En la clase de Aritmética: —Vamos a ver Juanito: Si yo tengo cuarenta duros y le entrego treinta a tu maestro, ¿cuántos duros me quedarán? —Veinte. —¡Muy bien! Y si tu madrastra me devuelve veintinueve duros, ¿cuántos tendré? —¡Veinte! —Veo, Juanito, que conoces muy poco Aritmética. —Pero conozco mucho a mi madrastra.

Un paseante a prueba de agua. Un señor que tiene la costumbre de salir paseando al campo todos los días, aunque haga tiempo, camina un día por las afueras de la población bajo un verdadero diluvio.

Un gorrillo que se halla refugiado en un tal, y le ve, le grita: —¡Oiga, señor! ¿Es que le han recomendado a usted los baños de ducha?

La mujer del autor: —¿Y qué María, ¿le gustó a usted la obra estrenó anoche el señorito?

La criada: —Magnífica, señorita. Sobre todo cuando criada le da aquellas dos bofetadas a su señora.

—¿Cómo anuncia usted habitaciones a 50 100 pesetas, y me cobra por la mía 150? —50 y 100 son 150, caballero. Haga usted suma.

El maestro de escuela: —Mañana, hijos míos, hablaremos del huevo. Traeros un huevo cada uno, y el que no pueda traer un huevo que se fraga un poco de jamón.

El marido: —Cuando yo me muera no enterrarás un hombre como yo.

La mujer: —Siempre es un consuelo.

Lili estaba hojeando una edición magníficamente ilustrada del Antiguo Testamento. De repente se quedó pensativa y dejó de pasar las páginas del volumen. Indudablemente un grave problema se ofrecía a sus meditaciones.

—Mamá, ¿existían ya todos los animales los tiempos de Adán y Eva?

—¡Claro que sí, hija mía!

—¿Y entonces de qué se alimentaban las pajarillas que ahora se comen los trajes?

—¿Has oído tú la Sinfonía sin acabar, de Schubert?

—No; he preferido esperar a que esté completa.

El médico: —Tiene usted que preparar a su marido para lo peor...

La esposa: —¡Oh, doctor! ¿Es que se va a morir?

El médico: —No; pero le voy a prohibir que beba.

—Oye, Jezú, ¿cuántos dedos tienes?

Jezús, dándole vueltas y más vueltas a los manos: —Cuatro.

—No zé; pero tengo laz manoz llenaz.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRIA

— POR — RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(13)

manifestaciones exteriores, tenía que Róspide dejase traslucir su descontento por mi pasado proceder, revistiéndose cuando menos de una frialdad glacial.

Le encontramos en la estación. Al verle sentí una impresión inaudita y extraña ¡Pásmate, querido Pedrol... Después de tanto odiarle sin conocerle, después de maldecirle tantas veces, sentí por él, en el momento de verlo delante de mí, una invencible, una poderosa corriente de simpatía! Me pareció que volvía a ver de nuevo a un antiguo amigo devotísimo, y tuve la sensación de que en el seno de su amistad podría encontrar el descanso de las confidencias y el sedante de los consejos. Después, por una cruel ironía del destino que se ha empeñado en humillar mi soberbia, fué su brazo,

fuerte y seguro, el que me ofreció cariñoso apoyo para bajar al andén, y sostenido por él, puse mis pies en aquel suelo, que fué siempre de los Fenollar, y que hoy no lo sería sin el generoso, desprendido, impulso de este hombre cuya nobleza me asombró. «¡Confíteor!» Lo entono humildemente y me arrepiento desde el fondo de mi alma de todas mis injustas suposiciones, de mis necios errores, de mi ridícula soberbia.

Te veo sonreír triunfante al leerme. ¡Cuántas veces hiciste su defensa! ¡Cómo vuestras almas, igualmente generosas, se han estimado sin conocerse! Se diría que fueron atraídas por un misterioso influjo psíquico. Si no debo escatimarte esta alegría de nuestra reconciliación que tanto has deseado, porque tú, mi buen príncipe, eres capaz de saltar de gozo al saber la buena nueva, y ya que tanto has rabiado y pateado con todas mis incongruencias y desfecciones de niño mal criado, quépate al menos la satisfacción de ver cumplido uno de tus más ardientes deseos. Tú eres como el Dante, apóstol de la paz...

No me había esperado nunca, ni aun en mis mayores horas de optimis-

mo, un recibimiento tan deslumbrador como el que mi padrastra me acaba de hacer. Los criados, reunidos en el vestíbulo, esperaban mi llegada, para darme la bienvenida, y pude observar, admirado y complacido a la vez, que ninguno de los antiguos servidores había sido reemplazado por este hombre extraordinario y bueno. Presentóme a todos, nuevos y viejos, y les ordenó que me mirasen en lo sucesivo como a su legítimo amo y señor... ¡El colmo de la delicadeza! ¿No es cierto?

Se me han destinado las mejores habitaciones. Ocupo la torre del Homenaje, y duermo en la Cámara del Rey, cuya descripción desisto de hacerle, porque debes saberla de memoria.

Una sensación de honda gratitud me embargó al entrar en la semi ruina, que Róspide ha restaurado, con tanto arte y tan amorosa minuciosidad, que demuestra bien a las claras que es hombre muy culto, y desde aquel momento la rencorosa prevención murió para dejar plaza a un placido sentimiento de amistad.

Faltábame, no obstante, recibir la mayor y extraña de las sorpresas. Ya

sabes que siempre me aferré a la idea de que Alfonso Róspide no tuvo otro móvil, al casarse con mi madre, que el dorar con sus millones el blasón nobiliario de los Fenollar para darse luego el gusto de usar el título de su mujer. ¡Sucede esto con tanta frecuencia! En justicia no se le puede negar tal derecho y muchos nobles lo hacen sin que nadie se lo reproche. Pero estaba escrito que también esta suposición mía había de ser harta injusta...

Al día siguiente de mi llegada, mi madre me llamó a sus habitaciones y después de unas cuantas palabras de aliento acerca de mi salud, abrió un secreter, que yo conozco muy bien, y me entregó sonriendo unos documentos que ostentaban el sello real. Tembló un poco mi mano al desenrollarlos y mi emoción creció de punto al percatarme de que no eran otra cosa que una cesión en regla que mi madre me hacía del título de Conde de Fenollar... Miré la fecha de los papeles autorizados con los reales licencias, y entonces, Pedro, comprendí más claro que nunca lo injustificado de mis sospechas porque la tal fecha era muy anterior a los sucesos actuales. Data-

ba de los primeros tiempos del matrimonio de mi madre con Alfonso Róspide.

—Comprenderás—añadió—que no usando a mi marido, a mí, por mi parte, me parece más digno llamarme sencillamente, «señora de Róspide».

Si no conocieses a mi madre, daríate este detalle para convencerte de que es una mujer admirable en quien encuentran justa cabida todas las delicadezas. Yo asentí reconociendo el valor de su conducta y desde ese día he decidido cambiar el título de mi